

corte de España y en Francia, en cuyo último país murió en el año 1529, evacuado que hubo su encargo. Estuvo, pues, estrechamente relacionado durante toda su vida con los hombres más notables en letras, artes y política de su tiempo, pero principalmente con su maestro, el eminente historiador y bibliotecario de Venecia, Sabellico, y con el también célebre Aldo Manuzio.

Aldo Pio Manuzio, llamado también Romano, y Basiano, por ser su familia originaria de esta última ciudad, y por haber nacido en Roma, probablemente en 1449, (murió en 1515), hizo sus estudios en Roma y Ferrara y vivió durante la guerra del año 1485, al lado de su amigo Pico de la Mirandola. Había sido preceptor del príncipe de Carpi, sobrino de Pico con el cual mantuvo las relaciones más afectuosas hasta su muerte, escribiéndole cartas llenas de sabias máximas y enviándole ejemplares de las preciosas ediciones que salían de la imprenta que más adelante estableció en Venecia. Era profundo conocedor del griego, de la literatura griega y principalmente de la filosofía de Platon, sin por esto dejar de ser buen católico, por cuya razón despreciaba también la astrología. Deseoso de facilitar el estudio de los autores griegos, cuyas obras se habían empezado a imprimir, bien que en número insignificante, en Milan, Vicenza y Florencia, montó una imprenta en Venecia, en 1490, no aceptando por este motivo la invitación de su discípulo, el príncipe de Carpi, para visitarle en Novi. Muchas dificultades tuvo que vencer, porque no encontró ni cajistas ni correctores, pero poco a poco consiguió su objeto; en 1494 dió a luz su primera obra griega, y pronto adquirió su establecimiento fama universal.

Aldo Manuzio era no solamente un sabio y erudito profundo, perito en las obras de arte, hombre de gusto fino, sino también industrial y comerciante activo, inteligente y enérgico; y él y sus descendientes fueron el ideal del impresor y editor. Como comerciante supo encontrar nuevas vías que nadie había aprovechado antes, y como editor, erudito e inteligente en las artes, sus ediciones se distinguieron intrínsecamente por su mérito y corrección, como por sus condiciones exteriores de forma y elegancia. Publicó también obras suyas para facilitar el estudio del latín, del griego y del hebreo, compendios que por su excelente disposición y el nombre del autor alcanzaron mucha aceptación.

Buen católico como era, recomendó en el prefacio de su edición de Lucrecio, que se prescindiera de todo cuanto se encontrara en este autor «que no estuviera conforme con las opiniones de nuestros teólogos.» Su pasión casi exclusiva por los clásicos antiguos no le dejó desconocer sus intereses como librero ni lo que debía a la opinión dominante, que prefería a los autores griegos y latinos los clásicos italianos, mirados con desprecio pedantesco por los humanistas petrificados en sus opiniones exclusivas. A los doce años de funcionar su establecimiento editorial hizo una edición del Dante, proyectó una de Bocaccio, y publicó las obras italianas de Petrarca, en 1501, «según el autógrafo del autor y bajo la dirección de Pedro Bembo,» suprimiendo los sonetos dirigidos contra la corte papal, porque repugnaban a sus principios de hijo devoto de la Iglesia. En 1504 las reimprimió, pero su rigorismo en materia de latín no le permitió publicar las obras latinas del mismo poeta, que no obstante fueron impresas en aquel tiempo, en 1501 y 1503, en otro establecimiento tipográfico de la misma ciudad. Otra empresa más vasta preparó y hasta anunció, pero no llegó a realizarla, a saber, la publicación de una Biblia poliglota, por lo pronto solo en griego, latín y hebreo, que a haberse hecho, habría sido la primera obra impresa de esta clase.

También mantenía Aldo Manuzio relaciones amistosas

con humanistas alemanes; publicó un discurso latino de Reuchlin y meditaba la publicación de las obras de Celti, del cual no quiso imprimir un escrito laudatorio del emperador Maximiliano I por delicadeza política, pero publicó otra obra análoga que trataba del mismo emperador. Maximiliano, amante de las artes y ciencias, apreciaba mucho al editor veneciano, el cual, por mediación del citado Reuchlin y cuando este nada consiguió, por la de Juan Cuspiniano y Juan Colaurio, le ofreció el protectorado de la academia que Aldo había fundado y que celebraba sus sesiones en su casa. El objeto de esta reunión de hombres científicos era, en el fondo, velar, a manera de censores, sobre la exactitud de los textos; pero a fin de dar un atractivo ideal a sus reuniones habían establecido como ley principal que solo se servirían en sus sesiones de la lengua griega. El emperador no aceptó el protectorado y Reuchlin, para consolar a Aldo Manuzio de esta decepción le escribió: «Ya conoces nuestro país; pues sabe que continúa tan bárbaro como antes; en fin, para decirte en pocas palabras, «no somos dignos de ti.»

Esta confesión de un alemán respetable y la decepción que había experimentado, no desanimaron a Aldo Manuzio, que continuó esperando extender sus relaciones a Alemania, de donde había venido el arte al cual debía su reputación, entonces ya universal, pero ninguna riqueza. Murió pobre en 1515. La ciudad de Venecia, a cuyo lustre había contribuido con su celebridad universal en el mundo de las letras, le olvidó pronto; y con su nieto desapareció su establecimiento, después de un siglo de existencia.

A principios del siglo XVI vióse la república de Venecia en frente de dos enemigos poderosos: el emperador de Alemania, el ya citado Maximiliano I, y el papa Julio II. El primero odiaba a la república de las lagunas, porque le impedía realizar sus planes sobre Italia, pero se limitó a una corta invasión en su territorio sin resultados. Hubo muchas bravatas y fanfarronadas de parte de los jefes alemanes imperialistas, y uno de estos últimos, Hutten, del cual se hablará más adelante, comparó a Venecia con una rana que en tierra seca se henchía de orgullo, hasta que el águila imperial la cogió en sus garras y la volvió a arrojar a su pantano, mas la tal rana podía muy bien reírse del ave de rapiña cuando la atacaba sin aliados, cosa difícil porque conocía el poder de la república y a sus generales, que tantas victorias habían alcanzado por mar y tierra. Creció, sin embargo, el peligro a causa de la enemistad del papa, y la situación de Venecia llegó a ser por un momento muy crítica cuando este formó una coalición contra la república, que vió dispersados sus ejércitos de mercenarios y reducido su territorio. Consiguió hacer contra la liga del papa, una alianza con Francia, y con este apoyo, la paz del 15 de enero de 1517, que le restituyó a Verona, pero le arrebató a Crémona, la cuenca del Adda y la Romanía por una parte, y Roveredo, Riva y Gradisea, que quedaron en manos del emperador, por otra.

El papa tan funesto a la república de Venecia fué Julio II, el creador de los Estados de la Iglesia, cuyo pontificado enérgico duró desde 1503 hasta 1513. Era Julio II hombre de carácter firme y muy a propósito para aprovechar en pro del pontificado la organización carcomida y confusa de Italia. No fué príncipe ni sacerdote de paz, sino monarca guerrero, que aumentó y consolidó el dominio temporal del pontificado y trabajó con empeño serio y vigoroso para realizar su lema: «¡Fuera bárbaros!» No era un carácter sublime, tan ajeno a la mentira, a la falsedad, a la bajeza como al miedo, sino un carácter grosero, excepto cuando era preciso dominarse, porque entonces era maestro en el arte de fingir, astuto y reservado. No le faltaba valor, pero hubo momentos en

que esta virtud le abandonó, como cuando los franceses avanzaron contra Bolonia, donde se hallaba postrado muy enfermo, y dispuesto á someterse á sus enemigos mortales; y si no pasó por esta humillacion fué porque á última hora le libertaron sus aliados. Sus contemporáneos le imputaban vicios abominables, y lo cierto es que, por lo menos, era cruel, solapado é inmoral y esclavo de sus caprichos. Un retrato pintado por Rafael nos muestra á este papa, de edad ya avanzada, pero todavía robusto, sentado en un sillón con los brazos ligeramente apoyados, la mirada escudriñadora fijada en el espectador, los labios unidos, la nariz grande y ro-

busta, y la barba canosa y luenga hasta el pecho, en fin, tal como le han descrito sus contemporáneos; naturaleza poderosa, infatigable, ocupado siempre en grandes proyectos y empresas, inaccesible á influencias extrañas y dominando á todos; oyendo todas las opiniones, pero procediendo con independencia completa con arreglo á su propio criterio. Pero sus proyectos fueron como sus defectos, unos y otros salían de los límites naturales. Sus proyectos asombraban por su magnitud, sin despertar dudas respecto de su realización, porque muy léjos de ser ensueños fantásticos, eran prácticos y para la ejecución tenía su creador preparados siempre



Iglesia de San Marcos en Venecia

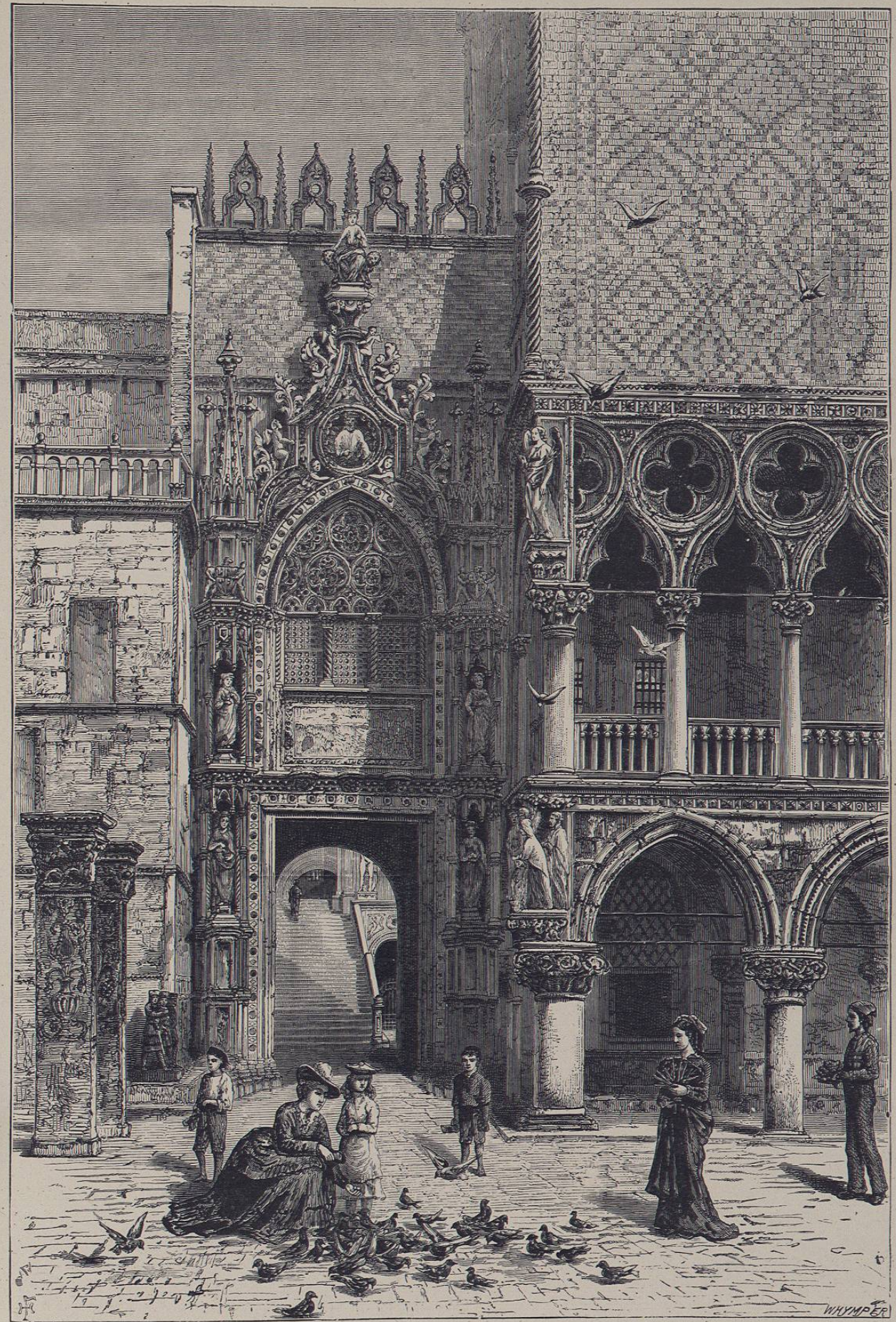
medios mas que suficientes. Su carácter impetuoso, su iracundia, ofendian á las personas que le rodeaban, pero no despertaban en ellas el odio. Así le describe A. Springer.

Era Julio II lo que dijo de él un contemporáneo suyo: *Magnarum semper molium avidus*, es decir, «un hombre en busca siempre de empresas magnas.»

El hombre que contestó á Miguel Angel, cuando este le preguntó si queria ser retratado con un libro en la mano: «A mí no me vengas con libros; yo no entiendo nada de literatura, retrátame con una espada en la mano,» desempeñó, sin embargo, un papel importante en la historia del Renacimiento. No se cuidó de los literatos, pero les dejó hacer y hasta les subvencionó, no por amor á las letras ni á las personas, sino para tenerlos á la mano si acaso le convenian sus servicios algun día, ó llegaban á ser necesarios en determinados casos. Así, por ejemplo, cuando quiso dar á su sobrino un buen maestro, eligió al sabio helenista Escipion Fortiguerra; y cuando faltó un director para la biblioteca Vaticana, confió este cuidado á Pedro Inghirami.

Pedro Bembo recibió también muchas pruebas de la munificencia del papa, porque ambos congeniaban en su pasión por las artes, que era la gran pasión de aquel siglo y del pueblo italiano. Julio II era protector decidido de las artes, no porque fuese entusiasta admirador de la belleza ideal sino como conocedor de su misión y de la belleza plástica. Bajo este impulso embelleció Roma con fábricas grandiosas, teniendo la suerte de encontrar auxiliares dignos y de vivir en una época en que se descubrieron nuevos y maravillosos restos de la antigüedad. De las construcciones monumentales de Julio II solo citaremos aquí el patio de San Dámaso, el comienzo de la reconstrucción de la colosal basílica de San Pedro y los mausoleos de Jerónimo Basso y de Asciano Esforcia. De los restos artísticos antiguos que entonces se descubrieron citaremos el grupo de Laocoonte y el Apolo del Belvedere; entre los auxiliares debemos nombrar al inteligente, opulento y sagaz comerciante y protector Agustín Chigi, y entre los artistas á Bramante y Miguel Angel.

Solo del último, nombrado ya varias veces, trataremos



Entrada del palacio del Dux